

Un vaso de agua puede bastar

En aquel tiempo, el profeta Jeremías se dirigió al profeta Ananías, en presencia de los sacerdotes y de todo el pueblo, que estaban de pie en la Casa del Señor, y el profeta Jeremías dijo: “¡Amén! ¡Que así lo haga el Señor! Que el Señor cumpla tus palabras, las que tú has profetizado, haciendo volver los objetos de la Casa del Señor y a todos los deportados, de Babilonia a este lugar. Sin embargo, escucha bien esta palabra que yo digo a tus oídos y a los oídos de todo el pueblo: Los profetas que nos han precedido desde siempre, a mí y a ti, profetizaron la guerra, el hambre y la peste a numerosos países y contra grandes reinos. Pero si un profeta profetiza la paz, sólo cuando se cumple la palabra de ese profeta, él es reconocido como profeta verdaderamente enviado por el Señor (Jer. 28, 5-9).

*Cantaré eternamente al amor del Señor,
proclamaré tu fidelidad por todas las generaciones.*

Porque tú has dicho:

*“Mi amor se mantendrá eternamente,
mi fidelidad está afianzada en el cielo.*

*Yo sellé una alianza con mi elegido,
hice este juramento a David, mi servidor:*

*“Estableceré tu descendencia para siempre,
mantendré tu trono por todas las generaciones”.*

¡Feliz el pueblo que sabe aclamarte!

*Ellos caminarán a la luz de tu rostro;
se alegrarán sin cesar en tu Nombre,
serán exaltados a causa de tu justicia.*

*Porque tú eres su gloria y su fuerza:
con tu favor, acrecientas nuestro poder.*

Sí, el Señor es nuestro escudo,

el Santo de Israel es realmente nuestro rey (Sal.89, 1-4 y 15-18)

No permitan que el pecado reine en sus cuerpos mortales, obedeciendo a sus malos deseos. Ni hagan de sus miembros instrumentos de injusticia al servicio del pecado, sino ofrézcanse ustedes mismos a Dios, como quienes han pasado de la muerte a la Vida, y hagan de sus miembros instrumentos de justicia al servicio de Dios. Que el pecado no tenga más dominio sobre ustedes, ya que no están sometidos a la Ley, sino a la gracia. ¿Entonces qué? ¿Vamos a pecar porque no estamos sometidos a la Ley sino a la gracia? ¡De ninguna manera! ¿No saben que al someterse a alguien como esclavos para obedecerle, se hacen esclavos de aquel a quien obedecen, sea del pecado, que conduce a la muerte, sea de la obediencia que conduce a la justicia? Pero gracias a Dios, ustedes, después de haber sido esclavos del pecado, han obedecido de corazón a la regla de doctrina, a la cual fueron confiados, y ahora, liberados del pecado, han llegado a ser servidores de la justicia. Voy a hablarles de una manera humana, teniendo en cuenta la debilidad natural de ustedes. Si antes entregaron sus miembros, haciéndolos esclavos de la impureza y del desorden hasta llegar a sus excesos, pónganlos ahora al servicio de la justicia para alcanzar la santidad.

Cuando eran esclavos del pecado, ustedes estaban libres con respecto de la justicia. Pero, ¿Qué provecho sacaron entonces de las obras que ahora los avergüenzan? El resultado de esas obras es la muerte. Ahora, en cambio, ustedes están libres del pecado y sometidos a Dios: el fruto de esto es la santidad y su resultado, la Vida eterna. Porque el salario del

pecado es la muerte, mientras que el don gratuito de Dios es la Vida eterna, en Cristo Jesús, nuestro Señor (Rom. 6, 12-23).

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: el que los recibe a ustedes, me recibe a mí; y el que me recibe, recibe a aquel que me envió. El que recibe a un profeta por ser profeta, tendrá la recompensa de un profeta; y el que recibe a un justo por ser justo, tendrá la recompensa de un justo. Les aseguro que cualquiera que dé de beber, aunque sólo sea un vaso de agua fresca, a uno de estos pequeños por ser mi discípulo, no quedará sin recompensa (Mt. 10, 40-42).

El precio necesario

Quizás ya lo olvidamos. Seguir a Jesús implica desprendimiento, generosidad, renunciaciones, luchas, contradicciones. Ser su discípulo, su seguidor, su seguidora, implica la necesidad de hacer elecciones no siempre fáciles y sencillas, a menudo difíciles y costosas.

Jesús es exigente, muy exigente. Sus demandas son integrales. Para él no hay medias tintas ni soluciones de compromiso.

Poco antes del texto que hoy tenemos afirma: *No piensen que he venido a traer la paz sobre la tierra. No vine a traer la paz, sino la espada (Mt, 10,34)*. Jesús hace estallar las contradicciones, desconcierta y produce crisis de identidad personal y social. Para seguirlo hay que cargar la cruz del Evangelio. Como si a la vez que nos invitara a seguirlo, nos quitara el camino bajo nuestros pies.

En verdad, Jesús no habla por hablar. Como en los tiempos de Mateo, ser cristiano hoy supone tensiones, divisiones, urgencias no sencillas de responder, desgarros en el tejido social, familiar y personal. Hay países en que ser manifiestamente cristiano significa una pena severísima, hay otros que bajo el manto de la herencia cristiana igual nos ponen como cristianos fuera del juego social aceptado en ciertos ámbitos.

Levantar la voz a favor de los socialmente más frágiles puede causar escándalo, incluso la acusación de demagogia por parte de los demagogos, o la persecución y el ostracismo social. Total, se lo ha buscado –dicen-, ya va a aprender. Claro, aprender el valor del sufrimiento por causa del Evangelio.

Pero, para el común de nosotros esas posibilidades son remotas, generalmente profesar la fe cristiana amerita aceptación. Aunque el dejarnos llevar por el viento puede conducirnos en dirección opuesta a la que desea el Señor quien fuera clavado en una cruz.

Hoy mantenemos la esperanza en tanto vemos a cristianos y cristianas que, fieles a Cristo, en el silencio modesto de lo cotidiano cargan su cruz cada día, soportan golpes y humillaciones en sus hogares, en sus empleos, en la calle, porque son obedientes a la causa de Cristo y sirven en las sombras. Son mártires cotidianos de la fe, son el memorial viviente que toma en serio su vocación bautismal.

La suerte de perder su propia identidad

El que encuentre su vida, la perderá; y el que pierda su vida por mí, la encontrará (Mt. 10, 39). Encontrar, administrarse con cuidado, gozarla en su comodidad, no arriesgar nada, gestionarla desde el egoísmo utilitario. Perder, darse con pasión a Cristo, entregarse a los valores del Evangelio, dispuestos a perder todo por ganar lo de auténtico valor, la vida nueva en Cristo Jesús. Perderse para sí es ganar la vida auténtica que Dios nos brinda.

El no ser personaje, el no entrar en esquemas prefabricados, el ignorar aplausos ajenos, no sentirse el centro del mundo, es hablar de identidad cristiana, del camino de la cruz, pero la cruz de Cristo.

En el signo de la hospitalidad

El discurso misionero que al comienzo nos muestra terribles lobos al acecho y a nosotros como ovejas indefensas, se cierra con un fresco vaso de agua. Este cierre alivia el rigor severo del texto anterior, demandante y trágico.

Los lazos rotos en todos los ámbitos, incluso el familiar, por lo exigente de la fidelidad a Jesucristo y lo demandante de la misión de compartir la buena nueva, se recomponen en la solidaridad que muestra el compartir el vaso de agua fresca.

La hospitalidad es un tema que no es secundario al Evangelio. Acoger es también adherirse al Evangelio anunciado, es tomar en serio lo propuesto por el misionero evangelizador.

Recibir al profeta como profeta no siempre es sencillo. Recibir al extraño que presenta un interesante mundo diferente, sobre todo si viene de otra cultura o tierra, es algo estupendo. Pero recibirlo como profeta es exigente y demandante, como lo es el mismo Jesús. Sus palabras llaman a un cambio fundamental de rumbo de vida, son una crítica bien intencionada, pero crítica al fin, a nuestra antigua manera de vivir y de pensar. La presencia del profeta desconcierta, trastorna, es difícil de aceptar, no es tranquilizadora aunque traiga un mensaje de esperanza.

Conclusión

Los que brindan pronta y generosa hospitalidad a los discípulos que –como servidores de Cristo– comparten el Evangelio, reciben la misma recompensa que los discípulos. El servicio que les brindamos es brindado al mismo Cristo Jesús. Por cierto que la salvación pasa a través de la cruz, pero también a través del compartir un vaso de agua fresca.

Y aquí es bueno recordar que fue Jesús quien compartió primero la hospitalidad. Nos acogió en el Bautismo permitiéndonos participar en su destino de muerte y resurrección en la vida nueva, don de Dios. Si somos **vivientes**, sino estamos dispersos como desterrados, es porque Cristo Jesús nos ha invitado a entrar a través de la cruz a la casa y reino de Dios.